

Antonio Pereira

Creación literaria y fidelidad a la tierra

Juan Manuel González

Pocos escritores pueden ya mostrar una limpia ejecutoria literaria definida por la fidelidad a la propia tierra. Hoy resulta más sencillo mudar de alma y de orígenes, y olvidar el matiz cultural natal siempre que esto proporcione pingües beneficios. Lejos de esta tentación, el leonés -y berciano- Antonio Pereira ha mantenido de manera inequívoca una lealtad al espíritu y el pulso de sus lares, que ha desembocado en el hecho comprobado de ser fiel a sí mismo. Porque como buen sabio druidesco, intuye que de todas las traiciones quizá la más grave sea la que conlleva el olvido de aquel lugar del que se viene, una traición que termina por convertirse en la negación última del ser propio.

Antonio Pereira, reciente Premio de las Letras de Castilla y León, inició su carrera en la senda de la poesía, con un libro como *El regreso*, al que siguieron *Del monte y los caminos*, *Cancionero de Sagres*, *Dibujo y figura* y *Contar y seguir*. Premio Leopoldo Alas con el cuento *Una ventana en la carretera* en 1966, obtuvo luego el Premio Fastenrath por *El síndrome de Estocolmo*, y el Torrente Ballester por *Las ciudades de poniente*. Mas entre esa poesía y esos premios a trabajos narrativos, Pereira nos ha ido regalando toda una serie de hermosas obras, desde las novelas *Un sitio para la soledad* y *País de los Losadas* -esta última reeditada en estos días-, hasta los volúmenes de relatos *Picassos en el desván* y *Cuentos para lectores cómplices*. Viajero a veces por Louisiana, Argentina o Rusia, nunca ha perdido la percepción de que la tierra natal nutre una determinada estética literaria, y una forma de sentir y transmitir sensaciones. Y aún más, que esa relación entre la tierra y el autor se establece a través de la narración oral. No en vano su espacio natal, la franja del noroeste peninsular extendida desde León hacia el Bierzo y Sanabria, ha sido y es todavía -junto con Galicia y el Norte portugués- un reducto de la mejor tradición narrativa oral.

Al leer a Antonio Pereira se advierte que la verdadera narración debe corresponderse con la noción y el impulso de la poesía en sentido clásico, y que tal vez -como me recordaba en una ocasión el propio Pereira- el narrador tendría que tener presente a cada paso cierta consideración de Gómez de la Serna relativa a que "la poesía es un hiperespacio que Dios nos concede con el fin de que las ocho de la

tarde no sea una hora sórdida y estéril". Una poesía que coincide con el cuento y el relato en requerir intensidad, precisión de lenguaje, capacidad de sugerencia, medida expresiva, predominio del sentimiento y condensación de formas. Cualidades que podemos apreciar en la narrativa breve de Pereira. Al margen de la indiscutible validez de sus novelas, sobre todo de *País de los Losadas*, es en ese terreno no intermedio y sí elevado del cuento y el relato donde nuestro escritor alcanza sus más llamativas cotas. Una prueba de ello es su volumen *Las ciudades de poniente*, integrado por veintiséis cuentos, en cuyas líneas Pereira construye personajes que, inspirados en vivencias tangibles, no brotan directamente de éstas, sino que crecen desde una realidad transformada por la imaginación poética del autor. Esta obra supera además la descripción puntillista de paisajes y perfiles, natales, norteños y próximos -técnica ya llevada a la perfección en su época por Gil y Carrasco-, y muestra por el contrario una particular forma de captar entornos y semblantes tras la melancolía lírica de su autor. Y, por último, esta obra puede servirnos para comprender una de las claves del trabajo de Pereira: la búsqueda de la sencillez desde lo complejo, el deseo de materializar, sin renuncias ni oportunismos, cierta filosofía de la desmitificación, sustentada en el deseo de pasar de las grandezas a una dulce pequeñez. Pues, como Pereira sabe, "conviene aproximarse a los mitos que hacen referencia a lo cotidiano y que se crean con palabras, esos mitos que son los más perdurables. Y que permiten a su amparo una aceptación de los hechos y la Historia, una aceptación que nunca conspira contra el gozo de vivir".